

SALA VIP

# París, 1940-1944

Joaquín Albaicín

Si bien los procederes de Angela Merkel invitan a ponerlo entre paréntesis, lo cierto es que también los alemanes tienen su corazoncito, y hasta escriben memorias empapadas de nostalgia. Sobre todo, si pasan por ese París que bien vale una misa (¿no reza así el refrán?) y de cuyas calles disfruta ahora, nos cuentan, Meriem Fádil Al Alaouiova, infatigable cazatalentos por las efervescencias del *show-business* romaní. Demos, pues, la bienvenida a estos encuadernados *Recuerdos de un alemán en París* (Fórcola) que, aparte de ser, como su subtítulo indica, una crónica de la censura literaria nazi y de los criterios por que ésta se guió en la Francia regida por el III Reich, reviven —en una cadena de anécdotas inteligentemente escogidas— el oportunismo, la ambición, el nebuloso idealismo, el instinto de supervivencia, los raptos de codicia y las dudas existenciales e ideológicas de la intelectualidad francesa —aquí, botón de muestra de la europea— en los años en que dos totalitarismos de no tan distinto cuño aspiraban al imperio mundial y por uno de los cuales “había” que decantarse, en un tiempo en el que muy pocos tomaban aún en serio o miraban con otra cosa que desdén al gigante norteamericano.

Bastantes de aquellos escritores que sostuvieron trato más o menos estrecho con el conquistador alemán pagarían caro lo engañoso de los ideales rampantes en la época que les tocó vivir: con el suicidio (Drieu La Rochelle), con el pelotón de fusilamiento (Brasillach), con el estigma perpetuo (Céline), y, si se había sido lo suficientemente hábil en el mariposeo tanto a derechas como a zurdas (Paulhan, Gide), con un pasaporte libre de cargos y un billete de ida y en primera clase hacia la vida cultural de la Francia de posguerra. Tanto los perdedores como los que ganaron dieron una u otra vez la cara para salvar el pellejo a colegas del bando contrario (como Drieu por

Malraux y Aragon), y unos y otros se cubrieron también en más de una ocasión de iniquidad denunciando al rival literario molesto a gente que no se andaba con delicadezas en los interrogatorios.

La memoria que los devuelve a todos a la vida es la del teniente Gerhard Heller, un civil francófilo y militarizado para ocuparse de la censura literaria y de qué y a quién se podía o no publicar (por supuesto, a ningún judío) en la Francia de Vichy. Heller dependía a ratos de la embajada alemana y a ratos de las autoridades militares, pero siempre, en última instancia, de las directrices de

Goebbels. Autorizó la publicación de libros como *Las moscas*, de Sartre o *El extranjero*, de Camus. Salvó ejemplares de libros de Duhamel y otros, cuya tirada completa había sido condenada a la hoguera.

Alertó de su inminente detención por la Gestapo a algún escritor en peligro de acabar en un campo de Polonia... De esos “reeducativos”, sí.

No estamos, sin embargo, ante un Schindler, un Wahlenberg o un Sanz Briz. Acerca de este perfil de oficial alemán (ni muy nazi, ni muy antinazi, y que se oponía a Hitler porque éste se había sobrepasado y, sobre todo, porque

estaba perdiendo la guerra)... Sobre este perfil de oficial alemán y el tipo de convivencias y entendimientos que facilitaba, casi todo está dicho en la introducción al libro debida al historiador Fernando Castillo, a la que pocos peros es posible oponer. Un nazi que admira al *decadente* Picasso y lee *El ser y la nada* en un café, a sólo dos mesas de donde Sartre y Simone de Beauvoir están escribiendo su próximo libro. Que organiza en Alemania congresos de literatos para plumas germanófilas y afectas al Nuevo Orden. Que relanza (sin judíos, repetimos) la *Nouvelle Revue Française* de Gallimard. Y que, tras la guerra, se convierte en el editor en lengua alemana de muchos autores galos. Por las páginas de sus memorias desfilan Cocteau, Montherlant, Jünger, Malraux, Valéry... con muchos de los cuales, concluida ya la contienda, mantiene la amistad y el trato.

Un testimonio valioso sin reservas de un tiempo y unas atmósferas, y desde luego que un buen complemento a las *Radiaciones* de Jünger, pero que denota en muchos pasajes la comprensible aplicación de una capa excesiva de maquillaje (o de protección solar, si se prefiere). Heller, evidentemente, nunca habría sido destinado a aquel puesto de haber sido el tempranísimo antinazi que afirma. Hay momentos en que, leyendo sus *Recuerdos*, se siente uno inclinado a reconocer en los funcionarios de la censura nazi destacados en aquel París donde los ocupantes dejaron —algo es algo— seguir tocando a Django Reinhardt, a unos precursores del “buenrollismo” de Zapatero. Y claro, tampoco es eso. Sin negar que ni en las peores circunstancias las cosas se reduzcan a: “O blanco, o negro”... Como que hay situaciones que no te tragas.

Claro que tampoco creo que el autor —hombre inteligente— aspire a tanto..

\*Joaquín Albaicín es escritor.



*Los escritores que trataron con el conquistador alemán lo pagarían caro*